

# Para un trayecto de las letras centroamericanas

*Juan Durán Luzio*

Hacia la media noche del 26 de febrero de 1549, la violencia de un puntapié hizo caer la puerta de la casa del obispo de Nicaragua fray Antonio de Valdivieso. Con dos o tres esbirros que los secundaban, los hijos de Rodrigo Contreras, el gran tirano y esclavista de esos días, buscan en la oscuridad. El obispo se sobresalta pues ha vivido esos meses bajo diversas amenazas; su falta ha sido defender a los indios, ajustándose a las palabras del Evangelio; había escrito al rey denunciando excesos fuera de toda moral cristiana y humana. Sale de su cuarto a ver qué ocurre, pero no alcanza a llegar al zaguán: el puñal de uno de los Contreras lo atraviesa repetidas veces hasta que el puñal se quiebra y el obispo cae al suelo, junto a una tinaja, besando el crucifijo, asesinado en su propia casa. Hernando y Pedro Contreras se alejan, tal vez sonriendo. Es febrero de 1549 y Valdivieso, el primer obispo asesinado por defender la causa de los débiles, pero no sería el último en caer en manos criminales en esta región que apenas empezaba a ser Centroamérica.

Siglos después, ahora en una Centroamérica cosmopolita y variada, un escritor costarricense hijo de inmigrantes judíos, Samuel Rovinski, relata en su drama *El martirio del pastor* la miserable muerte de monseñor Oscar Arnulfo Romero, ametrallado por sicarios del fanatismo conservador mientras oficiaba el sacro rito de la misa; su crimen era similar al de Valdivieso: había tomado el partido de los pobres desafiando con ello a los tiranos del momento. El monje Ernesto Cardenal hace versos unas líneas tuyas donde el obispo cuenta al rey Carlos V: «el que acá viniere por prelado / o se ha de ir al infierno o tornarse ha a España». Y agrega el poeta: «A tal punto habían llegado las cosas en Nicaragua / que no había más camino para un obispo / que el infierno o España».

Las muertes de Valdivieso y de Romero si apenas han quedado en los registros de una historia olvidadiza, sí fueron grabadas por igual en los registros más perdurables de la literatura. Mientras en varios de sus poemas Ernesto Cardenal se ocupó de dar vida a la figura del cristiano ejemplar Antonio de Valdivieso, Manlio Argueta inscribió en una novela aterradora cómo es un día en la vida de esos pobres y de los pastores honestos que en estos años se entregaban a su cuidado.

Acaso en la sangre vertida en el crimen lejano de aquel primer mártir centroamericano, bullía ya la semilla de una iglesia de los desposeídos que prendería desafiante ante la mezquina capilla del gran poder. Pero esa sangre regaría también, por desgracia, la simiente de una literatura casi siempre al borde de la tragedia y del horror. ¿Será esta la marca medular de las letras centroamericanas? ¿Estaba desde su nacimiento llamada a ser una especie de crónica paralela y complementaria de las demasías que la historia no quería recordar?

La sociedad colonial se había iniciado con un drama en cuyo centro estaba la represión: a los indios, a la mayoría, a los naturales de la tierra, apenas salidos del estupor del primer encuentro, nadie quiso escucharlos. Eran años de tozuda Contrarreforma y las censuras impuestas por un concilio que se celebraba en Trento, un pueblo del norte de Italia a decenas de miles de leguas de aquí, les silenciaron antes de alcanzar a decir su palabra. Por fortuna no todo fue silencio, porque a pesar de las tesis del doctor Juan Ginés de Sepúlveda, había aquí un mundo con tanta poesía y teología y vida como el de los obcecados censores.

Así lo entendió un hombre como Bartolomé de Las Casas, primer obispo de Chiapas y colonizador pacifista de la Vera Paz, y así lo entendió, aunque dos siglos después, otro cura de la orden de Santo Domingo, el amable párroco de Chichicastenango, quien se sentó respetuosamente a escuchar a sus cofrades sobre sus propias ideas acerca de la creación del hombre y del universo. Y comprendió que ellos también tenían *su* Biblia no menos digna de admiración que la del Viejo Mundo. Y ellos se la confiaron: ahí estaba en pergamino y escrita en quiché gracias al alfabeto latino, y el padre Francisco Ximénez la trasladó al castellano y la incorporó en un par de capítulos de su *Historia de la Provincia de San Vicente de Chiapa y Guatemala*, concluida en 1722, pero inédita hasta que un curioso médico austríaco, Carl Scherzer, publicó en Viena en 1857 la relación hecha por los indios al buen cura Ximénez. Esta relación la conocemos hoy con su título de *Popol Vuh*.

Recordar el *Popol Vuh* hoy nos sigue situando frente a un desafío: ¿Qué alcanzamos a conocer, en rigor, de ese pasado milenario?, ¿Cuánto y cómo hemos llegado a saber de aquel pensamiento original anterior a la conquista y a sus mecanismos de aniquilación? ¿Cuántas cosmogonías de los pueblos mesoamericanos seguirán a la espera de un compilador acucioso? Continúa siendo este un campo del saber que debe convocar a antropólogos y literatos para terminar de situar con precisión los términos de aquellas grandes culturas que el sopor de la larga noche colonial condenó al olvido. Además, las imprentas eran talleres de los más controlados por los mecanismos de la censura inquisitorial; en Guatemala la imprenta fue más

activa y más temprana, desde 1660, pero luego es muy tardía su llegada a Honduras, Nicaragua y Costa Rica: sólo en 1830, con los primeros pasos de la vida independiente.

Debido al pensamiento de la Ilustración y a los azarosos episodios posteriores de la Revolución Francesa, la Colonia encuentra su fin en las llamadas Provincias de Ultramar, las que se debaten entonces entre el letargo de las tradiciones y las dudas y los proyectos por llegar a ser repúblicas independientes.

Un día de marzo de 1819 un viajero recién llegado a la ciudad de Guatemala desde esa culta y moderna Europa decide pasar a saludar a un hombre del que le han hablado. Su casa es modesta, pero su despacho está lleno de libros. El viajero observa que los estantes cargados llegan hasta el techo, y luego se asombra de ver ahí varios títulos que no hace mucho ha visto en las librerías de París. Sentado allí entre el mar de papeles, un hombre moreno de frágil contextura piensa y escribe. El viajero sabe que de ese puño y de esa mano han nacido tratados y ensayos de economía, de educación, de artes; tal vez el viajero intuye que de esa cabeza y de esa mano iba a nacer la primera constitución política de Centroamérica. De este puño y de esa mano que escribe iba a nacer también una hermosa utopía, la primera utopía soñada y dicha por un centroamericano libre: apareció el día 1º de marzo de 1822 en la primera página de *El amigo de la patria*, el periódico que ese hombre modesto costeaba de su propio bolsillo. La encabezó con un título curioso: «Soñaba el abad de San Pedro, y yo también sé soñar». Allí se expresa, en efecto, el sueño de ver mañana esta tierra convertida en liberal asiento de justicia y democracia. Entre otras líneas escribió: «La América entonces: la América, mi patria y la de mis dignos amigos, sería al fin lo que es preciso que llegue a ser: grande como el continente por donde se dilata; rica como el oro que hay en su seno; majestuosa como los Andes que la elevan y engrandecen. ¡Oh patria cara donde nacieron los seres que más amo! Tus derechos son los míos, los de mis amigos y paisanos. Yo juro sostenerlos mientras viva. Yo juro decir cuando muera: ¡Hijos, defended a la América! Recibe, patria amada, este juramento. Lo hago en estas tierras que el despotismo tenía incultas y la libertad hará florecer» (II, p. 237).

Así fue la pasión de José Cecilio del Valle, nacido en Jerez de Choluteca, en Honduras, y crecido en Guatemala y así fue nuestra mala fortuna, porque este hombre que tanto amó a sus patrias, justo el año en que fue electo para ser el Presidente de la República Federal de Centroamérica, lo sorprendió la muerte truncando el ideal suyo y el de todo un pueblo de cinco países unidos.

Para nosotros, hoy, lo terrible del sueño de del Valle es que aún siguen pendientes tantos de sus anhelos, y es por eso obligado saber de otros que como él soñaron en aquel comienzo de siglo y de época con una Centroamérica libre, justa y mejor. La historia de nuestras utopías, la crónica de los ideales debatidos en la región debe ser nítida como sus anhelos mismos. He ahí otro desafío abierto a los estudiosos de nuestra cultura.

Desde su creación en 1823, la República Federal de Centroamérica expresaba el sueño de Simón Bolívar para este istmo que emergía al siglo de la libertad como un puente y como una cintura por donde abrir puentes. Muerto del Valle, el anhelo del gran Bolívar no iba a quedar interrumpido: Francisco Morazán intenta consolidar ese sueño en el molde de aquella federación de repúblicas democráticas y lucha por ello, pero las balas separatistas de un pelotón de fusilamiento troncharon su vida, ¡un 15 de septiembre!, cuando tenía apenas 42 años de edad.

Hubo un autor ese día que quiso guardar detalle de las últimas horas en la vida de este caudillo unionista, alma pugnante entre la ilusión y el pesimismo más franco. Por eso hace ese poeta testigo exclamar así a Morazán cuando intuye la traición y la acción que seguiría: «Ya todo está perdido. / No hay remedio... / La suerte se ha cambiado... / ¡Oh, patria mía! / Vuestro destino es triste, inevitable. / Inevitable y triste, ¡qué desdicha! ¿Y nunca, nunca cesarán los males / que despedazan a la patria mía? / Sí, cesarán. En todos los Estados / hay hombres cuyo esfuerzo lo dedican / a tan laudable fin. Estas desgracias / son momentáneas, y no creo impidan / la mejestuosísima marcha de los pueblos / hacia su gloria y su futura dicha» (p. 88).

La fe vacilante de Morazán no le ayudaría como defensa, y cayó de rodillas traspasado el pecho por el fuego que él mismo tuvo el coraje de ordenar. Entonces, abatido por la tristeza de tan artera ejecución, un joven salvadoreño, maestro de escuela pero ese día soldado raso en las tropas del ya gran Morazán, toma de inmediato la pluma para dejar en un drama versificado expresión de esa auténtica desgracia centroamericana. Se llama Francisco Díaz y bien parece que ha sido lector de Corneille o de Racine antes que del Víctor Hugo joven que iba a inspirar a los dramaturgos de las surgientes repúblicas hispanoamericanas. Un empaque neoclásico pesa sobre esa pieza como sobre las de sus maestros franceses, por entonces ya traducidos y bastante representados en México y por la Nueva España. El drama conocido como *La Morazánida* tiene demasiado de la contención y mesura que pedían las reglas de los clásicos, sometiéndose a medidas que le restan la pasión que debía comunicar. Tiene el gran mérito, sin embargo, de ser el primer drama escrito por mano de un salvadoreño y tal vez de un centroamericano.